

Título: Abadía Pesadilla
Autor: Thomas Love Peacock
Editorial: El Olivo Azul
Páginas: 152
Precio: 17 €

No cabe duda de que el romanticismo fue un movimiento bastante prolífico, literariamente hablando. Grandes autores escribieron sus grandes obras bajo la sombra del descontento que sufre el idealista que se enfrenta a la realidad y se da cuenta de que no es posible cambiarla; algunos, prefirieron mirar a tiempos pasados e imaginarlos de una forma idílica, aunque poco real; muchos, convirtieron el amor en algo imposible, en un tortuoso drama de final terrible. Pareciera que dentro de este marco melancólico habría poco espacio para el humor. Y, sin embargo, existió dentro de este movimiento un autor inglés verdaderamente risueño, alguien capaz de reírse de sus colegas y amigos, y hasta de sí mismo. Nos referimos a Thomas Love Peacock, autor de *Abadía Pesadilla*, la brillante novela que El Olivo Azul nos rescata del olvido este otoño.

Lugubrino y su padre, el señor Ceñudo, viven con tristeza, pero de forma apacible, y junto a sus criados, en *Abadía Pesadilla*, una gran casa de campo rodeada de terreno pantanoso. La visita de unos amigos y la presencia de dos jóvenes damas da lugar a una serie de circunstancias del todo sorprendentes, tanto para los personajes de esta obra como para el lector.

Lo cierto es que en esta sátira, carente de maldad por parte del ingenioso narrador omnisciente que nos la presenta y, por ende, de su autor, no hay personaje que falte. Y para que sea aún más fácil identificarlos con el papel que desempeñan, con su función en esta novela romántica (y por si no quedara claro), todos y cada uno de ellos lleva un ingenioso nombre. Así, encabeza el cartel, como antes anunciábamos, Lugubrino (Percy Bysshe Shelley en la vida real, el mejor amigo de Love Peacock). Lugubrino es un joven siniestro, un don Quijote de la filosofía y las ideas políticas que, sin embargo, tiene que dejar sus planes de dominar el mundo, gracias a un sistema político perfecto, por culpa de los asuntos amorosos. Y es que Lugubrino es triste y algo apocado, pero tiene corazón, quizá demasiado. Por ello, no deja de enamorarse una y otra vez, como el tonto que siempre tropieza con la misma piedra en su vida.

Completan el elenco de actores el mencionado señor Ceñudo (un hombre que, desengañado de la vida y aferrado a la melancolía, no puede más que desear una nuera de igual carácter para su único vástago), el señor Languidez (el colmo de la vagancia

personificado y que tan buenos ratos nos hará pasar), el señor Floski (el filósofo trascendental, incapaz de dar una respuesta descifrable. Su homólogo en la vida real es Samuel Taylor Coleridge), el señor Terriblez (el hombre que ve al diablo en cada esquina y en cada acto cometido, y cuyo nombre en el universo en el que vivimos es J.F. Newton), el párroco Laringe (jovial donde los haya), el señor Hilarántez (siempre de buen humor. Y aunque no tengamos notas de página que nos lo indique, puede que fuera éste el papel que el autor de esta novela guardara para sí mismo), Marioneta Celestina Canturiña (la feliz joven que en realidad sería Marriet Shelley), el señor Ciprés (Lord Byron aparece poco, pero ahí está) y Stella (la dama misteriosa que se esconde en pasadizos secretos).

En esta abadía se ama la literatura más universal, las novelas de amor de la época y la filosofía alemana del momento (las citas son numerosísimas); las situaciones se exageran al máximo; los enamorados tienen caracteres extremadamente volubles (casi rozando la bipolaridad) y la sobreactuación, en general, está al orden del día. Esta abadía, en definitiva, es una pesadilla para unos, gran divertimento para otros. Pero, en todo caso, resulta innegable que esta obra es fundamental para entender a los escritores del romanticismo y la manera en que ellos mismos se veían unos a otros. Esperemos, por cierto, que no se sintieran ofendidos por estas letras, pues el lector que llegue hasta el fin de esta historia estará de acuerdo con ésta que ahora escribe en que, como ya apuntábamos antes, no hay ninguna maldad, ninguna mala intención, en el autor.

Por lo visto, y aunque con más arrugas, la gente optimista vive más y mejor. Con buen humor se superan las dificultades de la vida, y se mira al futuro con otras perspectivas. Hay que saber reírse de vez en cuando, incluso de uno mismo si viene al caso. Y para aprender como hacerlo, nada mejor que adentrarse en una obra como Abadía Pesadilla.

Cristina Monteoliva

